



# UNISCI Discussion Papers

## LAS POTENCIAS OCCIDENTALES Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA<sup>1</sup>

**AUTOR:**<sup>2</sup>

**ANTONIO MARQUINA**  
**Director de UNISCI**

La guerra civil española significó un problema mayor en el entendimiento de las grandes potencias europeas.

El ascenso del fascismo y el nazismo habían colocado al Reino Unido, la potencia dominante, y Francia, en una posición delicada. Este ascenso revisionista hubiese implicado la necesidad de una toma de posiciones firmes por parte de estas dos potencias para permitir una acomodación de posiciones sin traumatismos. El camino que ambas potencias tomaron, por razones no totalmente coincidentes, fue la adopción de una política de apaciguamiento. De este modo, la Sociedad de Naciones acabó siendo ineficaz e inútil, impotente ante los reiterados actos de agresión contra sus estados miembros, quedando las disposiciones referentes a la seguridad colectiva como papel mojado. Francia y el Reino Unido aceptaron los continuos avances territoriales y las violaciones y denuncias de tratados de Alemania e Italia, considerando que no afectaban a sus intereses vitales, tratando de evitar un enfrentamiento, enfrentamiento que la opinión pública de estos estados repudiaba, tras el cansancio y sufrimientos de la gran guerra. Este escoramiento hacia un pacifismo a ultranza se demostraría suicida ante la decisión que iban a mostrar Italia y Alemania. Otros aspectos significativos a resaltar eran la falta de una preparación militar adecuada, que puso de manifiesto el rearme alemán, la división interna muy significativa en el caso de Francia, el temor a las consecuencias políticas y sociales que un nuevo enfrentamiento bélico podía producir, dadas las políticas que estaba desarrollando la Unión Soviética y la imposibilidad de una colaboración estrecha del gobierno conservador del Reino Unido y también de la Francia del gobierno del Frente Popular con este estado totalitario.

De este modo, una vez que se inicia la guerra civil en España, el Reino Unido adoptó una política de neutralidad con los dos bandos contendientes. La anarquía de los meses iniciales en la zona republicana y el auge desmedido posterior del partido comunista, como consecuencia de la intervención de la Unión Soviética, no fueron buenas credenciales para

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en el volumen 29 sobre la Historia de la Guerra Civil que semanalmente fue haciendo llegar a los kioscos el diario *El Mundo* en los años 2005-2006.

<sup>2</sup> Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores. Estos artículos no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors. These articles do not necessarily reflect the views of UNISCI.*



conseguir los apoyos ni del Reino Unido ni incluso de Francia, cuya capacidad de maniobra independiente del Reino Unido era bastante limitada.

El golpe militar fallido iba a dar paso a una guerra cuyas consecuencias en los equilibrios europeos se quisieron minimizar por parte del Reino Unido y de Francia, sin evaluar suficientemente la determinación que iban a mostrar Italia y Alemania en sus apoyos al bando nacional, que buscaban debilitar la posición de Francia en su retaguardia, siendo además la península ibérica una importante zona para mantener comunicaciones fluidas de Francia con sus colonias africanas, así como en el Mediterráneo, asunto este esencial para entender los intereses estratégicos británicos en juego, los intentos de acercamiento a Italia y la búsqueda de un distanciamiento y separación entre Italia y Alemania, cuyos intereses no se consideraban coincidentes.

Teniendo en cuenta esta situación y estos intereses, se puede entender que Francia, a la vista del envío de material de guerra por parte de Italia y Alemania al bando nacionalista, propusiera a las potencias europeas, en agosto de 1936, un acuerdo de no-intervención en España que implicaba la prohibición de “exportación directa o indirecta, la reexportación y el tránsito a España de toda clase de armas, municiones y material de guerra, incluyendo aviones, montados o desmontados, y todo navío de guerra”. Las gestiones de la diplomacia británica y francesa obtuvieron su fruto y a finales de agosto todos los estados europeos, con la excepción de Suiza, habían firmado el acuerdo. Luego se constituyó en Londres el Comité de No-Intervención.

Pero el acuerdo no fue cumplido ni por Italia ni por Alemania. La Unión Soviética, por su parte, se aprovechó de la oportunidad que le abría la política del Reino Unido y de Francia y la inoperancia del Comité para entrar de lleno en el juego político español, en una zona alejada de sus intereses más apremiantes. Su influencia sólo le podía y le iba a servir como moneda de cambio y fue la gran coartada para el incremento de los apoyos al bando nacionalista de Alemania e Italia así como para incrementar la prevención del Reino Unido y Francia. El traslado de oro del Banco de España y otros activos a Moscú iba a suponer una garantía para su intervención y la extensión de su influencia en una guerra civil claramente internacionalizada, que el bando republicano pagó casi al contado y por adelantado, recurriendo al crédito cuando las arcas estaban prácticamente vacías, algo absolutamente insólito y que no encuentra parangón en ningún otro tipo de conflicto de estas características. Tampoco Francia, que permitió el tránsito de armamento y voluntarios y vendió armas al bando republicano, ni Portugal cumplieron con sus compromisos del acuerdo de no-intervención.

En este contexto, hay que destacar el apoyo de Francia y el Reino Unido a diversas tentativas de mediación entre los bandos contendientes. La primera y más significativa que se estuvo barajando tuvo lugar en diciembre de 1936, una vez fracasados los intentos del bando nacional por conquistar Madrid. Estos intentos, frente a otras superficiales opiniones, sólo podían desarrollarse cuando las partes se encontraban en una situación de tablas en términos militares y ninguna de las partes tenía a la vista un resultado favorable. En otras circunstancias, estas propuestas, que se hicieron con alguna asiduidad durante la guerra, denotaban una gran incompetencia revestida de buenas intenciones.

La cuestión era convencer a las partes para la realización de un alto el fuego que diera paso a un plebiscito —idea francesa que acabó siendo considerada perturbadora en la mediación—, o a unas nuevas elecciones generales —y aquí con el tiempo entró de lleno la posibilidad o imposibilidad de restauración monárquica—, o bien intentar mantener una



España dividida territorialmente, apoyando militarmente desde el exterior un gobierno de línea media entre los dos bandos, donde quedaban eliminados los extremistas, que preparase el proceso de solución con unas elecciones. Esta alternativa se consideraba compatible con uno de los objetivos básicos, eliminar la intervención extranjera.

El caso es que esta primera iniciativa de importancia no tuvo plasmación, pues ni las partes contendientes ni las potencias más directamente involucradas estaban interesadas en ella. Y aquí hay que resaltar el papel de Italia y los intentos de acercamiento bilateral del Reino Unido con Italia, considerada clave en la resolución del conflicto. El 2 de enero de 1937 se firmó en Roma un acuerdo anglo-italiano donde ambas partes se comprometían a mantener el status quo en el Mediterráneo, incluidos los territorios de España. Este acuerdo significó un desaire para la política británica, pues mientras se firmaba el acuerdo nuevos contingentes de tropas empezaron a llegar a España. Los intentos de control de efectivos que se sucedieron por parte británica en el Comité de no-intervención iban a mantener esta línea básica de acercamiento a Italia. Así se puso de manifiesto en mayo con motivo de la propuesta secreta de Manuel Azaña al gobierno británico de suspensión de hostilidades. Al final, Italia, frente a lo que podía parecer, consideró la iniciativa contraria a sus intereses.

De este modo, la retirada de voluntarios y la política de control en el Comité de No-Intervención, con sus altos y bajos, incluido el acuerdo de Nyon para acabar con la piratería marítima italiana en el Mediterráneo, fueron la columna vertebral de la política del Reino Unido y de Francia durante 1937. La apertura de la frontera por Francia, para contrarrestar las actividades y pretensiones italianas en España, o la ocupación de la isla de Menorca no encontraron apoyo en el Reino Unido.

Hay que resaltar que Italia había llegado a un acuerdo de reparto de influencias con Alemania. Esta potencia tendría mano libre en Europea Central, incluyendo Austria, e Italia en el Mediterráneo. Pero esta división de funciones no significó un cambio de rumbo en la política del Reino Unido, aunque, a la postre influyese en la dimisión y salida del gobierno de Anthony Eden.

Con el nuevo año de 1938, y tras el ataque victorioso del bando republicano en Teruel, Leon Blum manifestó al embajador británico en París que el conflicto español terminaría en tablas por lo que Francia y el Reino Unido debían estar dispuestos a ejercer una mediación antes de que llegase el buen tiempo, Ni Italia ni Alemania debían participar para que la Unión Soviética no entrase en juego. El Reino Unido, de quien debía partir la iniciativa, hechas las consultas pertinentes, decidió esperar. Mientras tanto los movimientos alemanes en Europa Central seguían su curso y la anexión de Austria estaba a punto de realizarse. En este contexto, el 8 de marzo se abrieron en Roma las negociaciones para llegar a un acuerdo bilateral que corroborara las garantías dadas en enero de 1937. El 15 de abril las tropas del bando nacional llegaban a Vinaroz, cortando en dos la zona republicana. Al día siguiente se firmaba el acuerdo anglo-italiano que implicaba el reconocimiento de la conquista de Abisinia y otras cuestiones coloniales italianas, a cambio del respeto a la integridad territorial española y la retirada de voluntarios, quedando su entrada en vigor pendiente de la solución de la cuestión española.

Francia, por su parte, se alarmó ante la situación en España y la anexión de Austria por Alemania. El 16 y 17 de marzo Leon Blum, con la firma de dos órdenes reservadas, abrió la frontera al tránsito de material militar, en contra de la línea que estaba marcando el Reino Unido, pero no se llegó a una intervención militar como había pretendido inicialmente Leon Blum, dada la oposición militar francesa y el pacifismo de su opinión pública.



El 8 de abril cayó el gobierno de Leon Blum, siendo sustituido por Édouard Daladier, más receptivo a las orientaciones del Reino Unido, como se puso de manifiesto en la cumbre franco-británica de 28 y 29 de abril, quedando ya abierta la cuestión del cierre de nuevo de la frontera francesa.

Pero la resistencia militar del bando republicano, gracias a la llegada de suministros por la frontera francesa, había hecho que el conflicto se prolongase y la guerra no terminase tal como se esperaba tras la partición del territorio del bando republicano.

Como las condiciones volvían a ser propicias, de nuevo se estudió por parte del Reino Unido una iniciativa de mediación, que se rechazó poco después, pues tanto Barcelona como Burgos no la aceptaron y, por otra parte, las conversaciones franco-italianas no marchaban por buen camino. Será el 13 de junio cuando la frontera francesa se cierre y el gabinete británico estudie las posibilidades de dar un impulso al arreglo del conflicto y la puesta en vigor del acuerdo anglo-italiano. Pero Italia rechazó la posibilidad de un armisticio y no se avino a conexas el acuerdo anglo-italiano con un acuerdo anglo-francés.

Luego, el 27 de julio tuvo lugar la ofensiva del bando republicano en el Ebro, mientras se cocía la crisis en Checoslovaquia. Tanto el Reino Unido como Francia no estaban dispuestos a parar a Hitler, prefiriendo su apaciguamiento y así se puso de manifiesto el 28 de septiembre en el encuentro en Munich entre los jefes de gobierno del Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. Aquí, Neville Chamberlain sugirió a Benito Mussolini la posibilidad de hacer un llamamiento para conseguir un armisticio en España. Mussolini afirmó que no temía ya el peligro comunista en España, que estaba dispuesto a retirar próximamente a un buen número de voluntarios y que pensaría la cuestión del armisticio.

En efecto, el 15 de octubre se produjo la repatriación de 10.000 voluntarios italianos desde el puerto de Cádiz. Y el 25 de octubre, Benito Mussolini daba seguridades al embajador de la España nacional en Roma de que no habría mediación. Rusia estaba ya fuera de juego e Italia entregaría más material militar, pues Franco debía ganar la guerra.

Finalmente el 16 de noviembre el acuerdo anglo-italiano entraba en vigor. La guerra estaba sentenciada.

Nuevos intentos de mediación se barajaron antes de la ofensiva del bando nacional en Cataluña, pues los temores franceses no habían desaparecido, y el 11 de enero de 1939, Neville Chamberlain en su visita a Roma trató el tema español con Benito Mussolini. Pero para Mussolini, una vez finalizada la ofensiva en Cataluña, el conflicto podía considerarse acabado. No había ya lugar a una mediación y armisticio. Por otra parte, la posible restauración monárquica en la persona de Alfonso XIII, se consideraba en el bando nacional como una “imposibilidad física y metafísica”.

El 27 de febrero Francia y el Reino Unido anunciaron el reconocimiento del gobierno del general Franco como el único legítimo en España.

Al mes siguiente, el 22 de marzo de 1939, casi como un sarcasmo a la política del Reino Unido, Alemania e Italia firmaban el Pacto de Acero, un pacto político-militar más exigente en su articulado que el tratado fundacional de la OTAN. Meses después, España se adhirió secretamente a este pacto por el punto tercero del protocolo de Hendaya. El fracaso militar de la Italia de Mussolini en el Mediterráneo será el elemento fundamental que aleje a España de



la entrada en la guerra, aún permaneciendo como aliado del Eje, iniciando tardíamente un sinuoso recorrido hacia una mayor neutralidad.

Deliberadamente se ha dejado de lado en la exposición el papel de los Estados Unidos en el conflicto español. Revisada la documentación del archivo del presidente Franklin Delano Roosevelt, se puede afirmar que nunca estuvo dispuesto a arriesgar y romper con el juego que llevaba a cabo la potencia dominante en Europa, el Reino Unido, aún siendo Roosevelt profundamente antifascista, y, mucho menos, a incitar o poder dar lugar a una confrontación militar en Europa. Estados Unidos siguió, más o menos a regañadientes, también la línea de la potencia dominante; no rompió con la política de apaciguamiento.